

DISEÑANDO EL PERÚ. ESTADO, CIUDADANÍA, INTELLECTUALES

El joven Raúl Porras Barrenechea y su estudio sobre José Joaquín Larriva

Carlota Casalino Sen

ccasalinos@unmsm.edu.pe
Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Facultad de Ciencias Sociales

RESUMEN:

En este artículo se analiza el estudio que Raúl Porras Barrenechea realizó a la obra de José Joaquín Larriva en el marco del Conversatorio con jóvenes de la generación del Centenario para conmemorar los primeros cien años de la Independencia.

Palabras Clave: Raúl Porras Barrenechea; José Joaquín Larriva; Prensa; Independencia; Generación del Centenario.

The young Raúl Porras Barrenechea and his study about José Joaquín Larriva

ABSTRACT:

This article analyzes the study conducted by Raúl Porras Barrenechea about the work of José Joaquín Larriva in the framework of the Conversation with young people of the Centenary generation to commemorate the first hundred years of the Peruvian Independence.

Keywords: Raúl Porras Barrenechea; José Joaquín Larriva; Media; Independence; Centenary Generation.

Introducción

La base de este artículo corresponde a dos conferencias; una en el 2010 y la otra al siguiente año. La primera fue en la mesa redonda «La Generación del Centenario» organizada por el Congreso de la República y la segunda en el Instituto Raúl Porras Barrenechea de la UNMSM cuando se conmemoró los 114 años del nacimiento del maestro Porras. De esos años a la actualidad, la figura de Raúl Porras Barrenechea no ha dejado de estar presente en distintos medios académicos y de difusión masiva, muy especialmente porque el mencionado instituto desarrolla una incesante labor de rememoración de la vida y obra de Porras, además, es parte de la ruta cultural del distrito de Miraflores. Por esa razón, en el marco del proyecto “Identidad, nación y mestizaje en el Perú. Conmemoraciones, intelectuales, movimientos sociales y política en el siglo XX» hemos desarrollado este artículo.

Raúl Porras Barrenechea nació un 23 de marzo de 1897 en Pisco y falleció en Lima en 1960. Se trata de una persona que –dados sus aportes en diversos ámbitos– especialmente en la cultura y en las relaciones diplomáticas, la recordamos periódicamente, y cada vez la valoramos más (Alzamora 2000). Es reconocido como uno de los peruanos más importantes del siglo XX (Cateriano 2008, Puccinelli 2008). Si utilizamos la expresión de García Bedoya, Porras es para el país y para la Universidad de San Marcos parte de su capital simbólico, por su contribución intelectual y su legado (García-Bedoya, 2016, p. 10). El estudio que comentaremos –sobre Joaquín de Larriva– corresponde a su etapa inicial, cuando era un joven profesional en un período en el cual nuestro país se preparaba para la celebración del Centenario de la Independencia.

Este ejercicio es oportuno, dado que, estamos por conmemorar el Bicentenario de la Independencia del Perú. Así, la celebración del Centenario –de cara al Bicentenario– puede ser un vínculo entre nuestro presente y ese pasado en el cual surgió la República. Además, es necesario tener en consideración que rememorar episodios históricos fundacionales son una buena oportunidad para reflexionar sobre el futuro y también sobre lo que como país se ha realizado a lo largo de la vida independiente. Saber cómo se celebró el Centenario, cuál fue el contexto y quiénes destacaron en ese entonces nos sirve de referencia e inspiración a los peruanos de hoy.

A lo largo de este artículo vamos a presentar sucintamente el contexto histórico de la etapa juvenil de Porras Barrenechea, al joven Raúl Porras Barrenechea, cuando fue miembro de la Generación del Centenario, y de manera particular, su estudio sobre José Joaquín de Larriva.

I. El contexto histórico del joven Raúl Porras (1915-1926)

En este acápite vamos a desarrollar tres aspectos. Empezaremos explicando el contexto histórico que le tocó vivir a Raúl Porras Barrenechea durante su juventud, continuaremos con la generación a la que perteneció nuestro personaje; y concluiremos comparando el periodo del centenario con el de la independencia, para explicarnos las razones por las cuales Porras se interesó en José Joaquín de Larriva.

La juventud de Raúl Porras Barrenechea transcurrió aproximadamente entre los años 1915 a 1926, pues al haber nacido en marzo de 1897, alcanzó los 18 años en el tercer lustro del siglo XX. Esta etapa corresponde históricamente a los cuatro últimos años de la República Aristocrática (1895-1919) y los primeros del Oncenio de Leguía (1919-1930). Coinciden con el cambio del siglo XIX al XX, Hobsbawm –por ejemplo– sostiene que el «“siglo XX corto” inicia en 1914 con la primera guerra mundial (Hobsbawm, 2005, p. 13). Así como con dos revoluciones clave, la revolución mexicana que se inicia en 1910 y la revolución rusa en sus dos etapas 1905 y 1917».

Fue un periodo de grandes cambios sociales y políticos tanto en el Perú como en el mundo, y nuestro personaje no estuvo al margen de ello. En efecto, cuando Raúl Porras ingresó a la Universidad de San Marcos, el Perú se encontraba en un periodo gobernado directamente por la oligarquía en una extraña alianza política entre el Partido Civil y el Partido Demócrata, alianza que no duró mucho tiempo. Tal como señalan Pease y Romero, el periodo denominado República Aristocrática fue el resultado de la ruptura de la alianza política entre el Partido Constitucional (Cáceres) y el Partido Civil (oligarquía), y del establecimiento de una nueva alianza entre el Partido Civil (oligarquía) y el Partido Demócrata (Piérola). Esta última alianza tuvo como objetivos excluir dos grupos sociales y políticos hasta ese entonces bastante importantes. En primer lugar, deseaban excluir del poder al Ejército y en particular al héroe de la Breña, Andrés A. Cáceres, para acceder al poder directamente y ya no por intermedio de líder montonero como había sucedido durante el segundo militarismo. En segundo lugar, dejar fuera de las decisiones políticas a los indígenas y sectores populares, restringiendo el padrón electoral a prácticamente el 5% de la población, dando así el carácter oligárquico a ese periodo. Estas medidas excluyentes explican la aprobación de la ley electoral retirando del padrón electoral a los analfabetos y la de modernización del ejército con la presencia de una misión francesa. Así que una vez alcanzado el primer objetivo de acceder al poder directamente sin la intermediación militar y popular, las tensiones políticas al interior de la nueva alianza comenzaron a ser cada vez más fuertes, hasta que en 1903 ya se expresaban abiertamente y ambos partidos competían intensamente (Pease y Romero, 2015, p. 32). Esta nueva dinámica política requiere investigaciones que en este artículo no vamos a asumir porque escapa a los objetivos del mismo.

La República Aristocrática se estrenó con el golpe de Estado protagonizado por Nicolás de Piérola –caudillo civil y líder del Partido Demócrata– y sus montoneras que se enfrentaron al gobierno de Cáceres. Piérola y sus correligionarios ingresaron a Lima por la antigua puerta de Cocharcas y lucharon encarnizadamente durante dos días contra las tropas de Cáceres dejando un saldo de 2,000 heridos y más de 2,000 cadáveres (Burga y Flores Galindo, 1984, p. 17). Cuando culmina su periodo de gobierno, le siguió en el poder un miembro del Partido Civil, cabe precisar que fue el mismo Piérola quien promovió la candidatura civilista, generando dentro de su propio partido la profundización de los problemas internos. En ese sentido, a Piérola le seguirá en la presidencia Eduardo López de Romaña y a partir de él y hasta 1912 gobernarían miembros del Partido Civil, como Manuel Candamo, José Pardo y Barreda y Augusto B. Leguía. Es decir, no hubo alternancia en la presidencia de la república entre los partidos protagonistas de la coalición que dio lugar a la oligarquía en el poder. Si bien se recuerda este periodo como uno de estabilidad política, vale la pena precisar que más allá del único golpe de Estado de Benavides, este periodo no estuvo ausente de tensiones al interior de la oligarquía, lo que se expresa en fuertes conflictos entre el Ejecutivo y el Legislativo, y en el cambio constante de gabinetes ministeriales, así como una movilización cada vez más enérgica por parte de la sociedad. En ese sentido, estamos de acuerdo con lo propuesto por Pease y Romero y no tanto con lo señalado por Klarén de un periodo signado por un raro consenso político, una amplia estabilidad política y un crecimiento y desarrollo autónomos. En lo que sí seguimos a Klarén es cuando afirma que en esa alianza política más beneficiado resultó el Partido Civil (Klarén 2004, p. 255).

¿A qué se debía la tensión política existente al interior de la oligarquía? La explicación que se suele dar es porque la oligarquía en el poder no era un grupo homogéneo, sino todo lo contrario. Estaba conformada por un sector terrateniente tradicional y conservador ubicado especialmente en la sierra del país, un sector agroexportador de azúcar y algodón ubicado principalmente en la costa norte; y un grupo de financistas y comerciantes en las zonas urbanas, sobre todo establecidos en la capital (Pease y Romero, 2015, p. 31, Burga y Flores Galindo,

1984, p. 84). Portocarrero precisa mucho más cómo estaba conformado este grupo. Sostiene que la mayoría eran hacendados, que le seguían los rentistas, luego los comerciantes, industriales, mineros, urbanizadores; banqueros y financistas. Si bien los rentistas eran el segundo grupo más numeroso, ellos eran los que tenían menores fortunas. Los nacionales se concentraron en las haciendas y como rentistas, mientras que los extranjeros se ubicaron en el comercio, luego como rentistas, hacendados e industriales (Portocarrero, 2014, pp. 65-67). Además, el país durante las tres primeras décadas del siglo XX no tuvo capacidad para cambiar su propio destino—tal como señalan Thorp y Bertram— por falta de voluntad nacional y la existencia de una sociedad dividida (Thorp y Bertram, 1978, pp. 211-212). Entonces, la historiografía ha buscado explicaciones económicas a este fenómeno, pero tengo la impresión que falta dar explicaciones políticas y sociales, que permita explicarnos la complejidad de la realidad. Por ello consideramos pertinente seguir con lo propuesto por Acemoglu y Robinson, de identificar las instituciones políticas que se generan en este periodo, pues son ellas las que generan las condiciones económicas. Esto es clave, pues este periodo es un típico caso donde las instituciones políticas extractivas —ley electoral, reforma del ejército, oligarquía en la toma de decisiones— predominaron.

Sin embargo y continuando con el análisis de la oligarquía, es necesario tomar en consideración que a pesar de esa heterogeneidad señalada, también había rasgos comunes a todos ellos. Era un grupo exclusivo y excluyente, endogámico —conformado por pocos apellidos—, con fuertes lazos de parentesco, acaudalados y con un estilo de vida que pretendía ser una continuación de la vida cortesana del siglo XVII virreinal combinada con gustos y patrones de consumo europeos contemporáneos. Tal como señalan Burga y Flores Galindo «la República Aristocrática es una época de disparidades y conflictos entre lo nuevo y lo viejo» (Burga y Flores Galindo, 1984, p. 11). Incluso describen sus gustos y actividades características:

La clase dirigente se componía de caballeros de la ciudad, algunos de ellos vinculados al campo, algo así como la criolla adaptación del gentleman inglés. Hacían vida intensa de club, residían en casas amobladas con lujosos muebles de estilo imperio y abundantes en alfombras y cortinajes; desarrollaban una vida propia de un tiempo en que no se amaba el aire libre y se vestía chaqué negro y pantalones redondos fabricados por los sastres franceses de la capital. Vivían en un mundo feliz integrado por matrimonios entre pequeños grupos familiares; los compañeros de juegos infantiles eran luego camaradas en el colegio y en la Universidad, las cátedras de ésta en las ciencias jurídicas y en las disciplinas literarias, históricas o filosóficas podían serles adjudicadas más o menos fácilmente. (Burga y Flores Galindo, 1984, pp. 84-95).

Si bien hemos señalado que la República Aristocrática se desarrolló entre 1895 y 1919, los años 1912 a 1915 fueron especiales porque muestran claramente la fractura política entre una oligarquía que mantiene instituciones extractivas y sectores sociales nuevos que pugnan por entrar al escenario político y presionan por instituciones políticas inclusivas. Justamente, el año 1915 fue particularmente convulsionado en términos político-sociales pues entre 1912-1914 había sido presidente Guillermo Billinghurst del Partido Demócrata, quien —tal como señala Gonzales— fue el iniciador del populismo en el Perú, además de ser un primer intento de romper el orden oligárquico del Partido Civil iniciado en 1895. Periodo breve, donde los actores populares incursionaron mostrando su fuerza al movilizarse, e imponer al Congreso un presidente de las filas del Partido Democrático, pero no son todavía un actor social lo suficientemente consolidado como para mantenerlo en el poder, de ahí que Billinghurst fuera sacado del poder por dicha oligarquía con el golpe de Benavides (Gonzales 2005).

Otra explicación que podemos considerar es la heterogeneidad de los nuevos actores sociales. Ya nos hemos referido a la heterogeneidad de la oligarquía. Esa misma característica la compartieron los sectores medios y populares, recordemos que en esa época persistía una sociedad estamental heredada del periodo colonial que se resistía –social y culturalmente– a ser desplazada por nuevas formas modernas. A pesar de esa diversidad, todas las relaciones entre la elite y los sectores populares eran verticales, paternalistas, clientelistas y de patrón-cliente; incluso aquellas que se llevaban a cabo en los sectores más modernos de la economía. Los analfabetos –ya lo hemos mencionado– perdieron el derecho a participar en los procesos electorales. Lima estaba en proceso de tugurización. En la sierra y la selva se recurrió al enganche y las «correrías», como mecanismos compulsivos para «reclutar» mano de obra para la recolección del caucho, en las minas, en los campamentos mineros, en las fábricas o en las modernas haciendas azucareras del norte peruano. El mundo rural no había modernizado sus actividades. A pesar de estar cerca a los cien años de haber alcanzado la independencia de España, en el país se seguía manteniendo relaciones serviles, autosuficientes y prácticamente predominaba una economía natural. Incluso el acelerado proceso de diferenciación económica y social iniciado en este periodo no logró liberar a la familia campesina de viejas formas de existencia como el ayni, pongaje, «cargo», entre otras; por lo que los hacendados y gamonales derrochaban la fuerza de trabajo disponible e imponían un carácter señorial (Burga y Flores Galindo 1984, capítulo 1). Esta resistencia a mantener relaciones sociales premodernas ya había sido advertido en esa época, personas como José Payán denunciaron en periódicos de entonces el hecho que no podía sustentarse el desarrollo del país pretendiendo que la mano de obra sea prácticamente esclava o víctima de una «explotación hipócrita» (Payán, 1892, pp. 10-11).

Después de Benavides, volverá al poder José Pardo como candidato único de la ya endeble y debilitada coalición oligárquica. Al término de su mandato, los civilistas postularon a Ántero Aspíllaga, pero retorna de su exilio Augusto B. Leguía y se lanza al ruedo político con una nueva organización política, el Partido Democrático Reformista, además busca el apoyo del Partido Constitucional de Cáceres, de los demócratas y de los liberales seguidores de Durand. Asimismo, establece relaciones con los nuevos grupos sociales como los obreros y los estudiantes. Es decir, organiza una amplia coalición anticivilista y ofrece abrir el campo político a los nuevos grupos sociales. Sin embargo, y a pesar de que los resultados electorales le eran favorables para alcanzar la Presidencia, no tenía mayoría en el Congreso. Así fue como el 4 de julio de 1919 se sale del proceso electoral semicompetitivo en el que participaba y denuncia riesgo de fraude. Luego, toma el palacio de gobierno y el Congreso con el apoyo de la gendarmería (Burga y Flores Galindo, 1984, p. 127). El Oncenio de Leguía o Patria Nueva inicia así un periodo controvertido y autoritario ante una sociedad que va dejando de ser testigo de los cambios para pasar a ser cada vez más protagonista activa.

En un inicio el Oncenio de Leguía pretendió ser un periodo de transformaciones que reflejen los cambios políticos, sociales y económicos que se vivieron en ese entonces. Claramente Leguía se ubicó en contra de la oligarquía –especialmente del Partido Civil–. Además, estableció puentes y atrajo a los nuevos sectores sociales como los proletarios, los sectores medios y capitalistas modernos. Con la aprobación de una nueva Constitución –en 1920– sancionó nuevas reglas de juego (Ramos 2015) y con el Tratado de Ancón –al final de su gobierno– trató de dar vuelta a la página de la Guerra del Pacífico (Borras, 2009, p. 227). Pero en ese camino marcado por los hitos señalados, este gobierno da un giro –más autoritario aún– cuando fuerza la situación política para reelegirse en 1924 y, pero aun, cuando sigue modificando la Constitución para volver a reelegirse en 1930 (Ramos 2015, Contreras y Cueto 2007). Las consecuencias políticas de ello será que su partido el Democrático Reformista no logra convertirse en un partido de masas atrayendo a los

obreros, campesinos y clases medias; más bien ese contingente encontrará en el APRA primero, luego en el Partido Socialista; y en la Unión Revolucionaria después, los espacios políticos donde consideraban que podían canalizar sus demandas e intereses. Por eso, en la segunda etapa del oncenio Leguía perderá importantes aliados –a los más progresistas– como Germán Leguía y Martínez, José Antonio Encinas, entre otros, terminará aliándose con los gamonales, la Iglesia católica y buscando en espacios abiertos y masivos –como el Estadio Nacional– donde pudiera destacar y tener un «baño de popularidad» (Casalino 2017, Pulgar Vidal 2014).

Desde la sociedad, estos cambios estarán liderados al menos por dos grupos nuevos. Primero por los obreros que surgen con la industrialización incipiente de la posguerra y segundo, por el fortalecimiento de los sectores medios, especialmente por los jóvenes universitarios. Ambos grupos serán a su vez los impulsores y el resultado de los cambios sociales urbanos en el Perú de ese entonces. Fueron, por lo tanto, los artífices de los procesos de proletarización y profesionalización que se desarrollaron al comenzar un siglo inmerso en un proceso de modernización. Por el lado de los proletarios incipientes, sus demandas daban prioridad a mejoras en el salario, en las condiciones laborales y reducción de la jornada laboral (Salinas 2014). Al respecto es necesario considerar la propuesta de Drinot, quien muestra una mayor complejidad de este proceso, al sostener que, si bien el Perú fue uno de los primeros en el mundo que desarrolló leyes laborales, estas no fueron producto solo de la presión de los trabajadores, o de los movimientos laborales, sino también porque hubo una manera de entender el Estado con un nuevo rol de protección a los trabajadores (Drinot, 2016, p. 76).

En el caso de los estudiantes, estos no fueron ajenos a las demandas de los trabajadores y además estuvieron fuertemente influenciados por lo que acontecía en el mundo, especialmente en Europa durante la «Gran Guerra» y en América Latina.

Así fue como se inquietaron cuando recibieron las noticias de la oleada revolucionaria iniciada con la revolución rusa de 1917 y las caídas de los regímenes absolutos alemán, austrohúngaro, otomano a lo largo del año 1918 como fase final de la primera guerra mundial (Morrow, 2014, capítulo 8) que dio lugar a una breve coyuntura crítica revolucionaria tal como Hobsbawm señala en detalle:

...los acontecimientos de Rusia no solo crearon revolucionarios sino ... revoluciones. En enero de 1918, pocas semanas después de la conquista del Palacio de Invierno y mientras los bolcheviques intentaban desesperadamente negociar la paz con el ejército alemán (...), Europa central fue barrida por una oleada de huelgas políticas y manifestaciones antibelicistas que se iniciaron en Viena para propagarse a través de Budapest y de los territorios checos hasta Alemania, culminando en la revuelta de la marinería austrohúngara en el Adriático. Cuando se vio con claridad que las potencias centrales serían derrotadas, sus ejércitos se desintegraron. En setiembre, los soldados campesinos búlgaros regresaron a su país, proclamaron la república y marcharon sobre Sofía, (...). En octubre, se desmembró la monarquía de los Habsburgo, después de las últimas derrotas sufridas en el frente de Italia. (...) La primera reacción occidental ante el llamamiento de los bolcheviques a los pueblos para que hicieran la paz –así como su publicación de los tratados secretos en los que los aliados habían decidido el destino de Europa– fue la elaboración de los catorce puntos del presidente Wilson, en los que se jugaba la carta del nacionalismo contra el llamamiento internacionalista de Lenin. Se iba a crear una zona de pequeños estados nacionales para que sirvieran a modo de cordón sanitario contra el virus rojo. A principios de noviembre, los marineros y soldados amotinados difundieron por todo el país la revolución alemana

desde la base naval de Kiel. Se proclamó la república y el emperador, que huyó a Holanda, fue sustituido al frente del estado por un ex guarnicionero socialdemócrata.

La revolución que había derribado todos los regímenes desde Vladivostok hasta el Rin era una revuelta contra la guerra, y la firma de la paz diluyó una gran parte de su carga explosiva. (Hobsbawm, 2005, p. 74).

Efectivamente, Europa solo fue testigo de una sola revolución socialista que alcanzó el poder y fue la rusa. El resto si bien vivió coyunturas revolucionarias y tuvo muy fuertes partidos comunistas y socialistas, no alcanzaron el poder político. No obstante, y hasta el fin de la segunda guerra mundial, Europa experimentó un largo periodo de enfrentamiento violento especialmente entre los nacionalsocialistas y los bolcheviques, tal como sostiene Nolte (2017). Los jóvenes peruanos de ese tiempo no estuvieron ajenos a todo ello, pues se enteraban a partir de la prensa, así como a partir de los viajes que realizaron. Incluso, cuando se implican en la política, tendrán como destino Europa por los exilios que sufrieron (Melgar 2010, Terán 2010 y Bergel 2010).

En el caso de los procesos políticos y sociales latinoamericanos, fueron dos los que mayor influencia ejercieron: la Revolución Mexicana que en 1917 sancionaba su nueva Constitución redactada en Querétaro. Esta revolución marcó una fuerte influencia en la política, la cultura y la sociedad peruana. Así, en 1920 se sanciona la constitución impulsada por Leguía que incluye la cuestión indígena, en la cultura José Sabogal reforzó su arte a partir de la experiencia con los muralistas mexicanos, y Mariátegui a través de la Revista Amauta da cuenta de los acontecimientos mexicanos y trata de caracterizar qué tipo de revolución era, y Víctor Raúl Haya de la Torre, no solo inspiró en dicha revolución sino que tuvo la oportunidad de ser el secretario particular de José Vasconcelos (Rénique y Deustua, 1984, p. 52).

El segundo proceso importante fue la Reforma Universitaria de Córdoba (1918). Tal como señala Carli, fue el acontecimiento que dio forma a una nueva representación del estudiante universitario (Carli, 2012, p. 48) y por lo tanto inspiró a los jóvenes de diversos países de la región. Bergel y Martínez sostienen que fue en torno a Córdoba que se reforzaron los vínculos en la región en torno a una patria grande, a una nación latinoamericana a través de revistas, viajes y correspondencia, configurando de ese modo una militancia reformista continental (Bergel y Martínez 2010, 120 y Bergel 2010).

II. La Generación del Centenario

Ese contexto mundial, latinoamericano y peruano del que hemos dado cuenta en el acápite precedente, ejerció fuerte influencia en algunos jóvenes peruanos de ese entonces. En ese sentido, no estuvieron ajenos a los nuevos derechos sociales que surgieron de las experiencias de la revolución mexicana y de la República de Weimar, o de la política de buena vecindad norteamericana, ni de lo que jóvenes –como ellos– promovieron en Córdoba. El hecho de pensar lo nacional a partir del fenómeno del imperialismo, especialmente el norteamericano, o la cuestión social referida a los derechos laborales, incluso la cuestión indígena que implicaba involucrarse con el problema del indio en el Perú hizo que poco a poco, con cada experiencia que compartían, se vaya configurando una generación que es conocida como la del Centenario o del Conversatorio universitario.

Estos jóvenes incluyeron en sus reflexiones aquello que las generaciones anteriores a ellos habían realizado. Algunos estuvieron muy influenciados por las denuncias de Manuel González Prada quien –tal como señala Cosamalón– cultiva un pensamiento original tratando de ser cosmopolita y peruano al mismo tiempo. Analiza el problema del indio como un asunto

social y económico; y se adelanta a Rodó en su llamado a los jóvenes a la acción pública para salvar al país (Cosamalón, 2008, pp. 256-265). Otros rompieron con sus generaciones anteriores, con Víctor Andrés Belaunde, Francisco García Calderón o Riva Agüero. Otros establecieron relaciones muy inspiradoras con extranjeros como Giesecke o Mackay (Mc Evoy 2008, Salvatore 2008 y Fonseca 2008).

En Lima, un grupo de jóvenes, entre los que estaba Raúl Porras Barrenechea, Luis Alberto Sánchez, entre otros, promovió la reforma universitaria. Demandaron cambios para hacer de la universidad una casa de estudios abierta a la sociedad, moderna y menos conservadora. Garfias sostiene que desde inicios del siglo XX la universidad de San Marcos había incrementado su población con jóvenes de provincia (Garfias 2010). Fue así como Porras proveniente de Pisco, Encinas de Puno, Tello de Huarochirí, Basadre de Tacna, entre otros no limeños, fueron portadores de nuevas inquietudes sociales, donde se visibilice sus regiones y también se puedan incluir en los cambios de modernización que se estaba experimentando. Esto no significa que en el interior del país no hayan surgido movimientos intelectuales, todo lo contrario, hubo intelectuales provincianos en Lima, pero también y muchos en Arequipa, Cusco, Trujillo entre otros lugares, donde la universidad local y la experiencia en la prensa los impulsó a organizarse y a expresarse (Deustua y Rénique, 1984, capítulo 1). Estos jóvenes pronto pasaron de las demandas universitarias a ser los intelectuales y los políticos que tendrán protagonismo en la azarosa vida política peruana de gran parte del siglo XX (Melgar 2010). Pablo Macera se refiere a estos jóvenes como una generación de gigantes: «Allí están José Carlos Mariátegui y Haya de la Torre en política; Raúl Porras, Jorge Basadre y Luis Alberto Sánchez en Historia; Pedro Beltrán, Mariano Ignacio Prado y Carlos Moreira en el empresariado... Allí comenzó el siglo XX» (Macera, 1999, p. 11).

En efecto, se trata de una generación, pues fue un grupo que coincidió en diversas acciones, temas de reflexión y agenda. Así, Raúl Porras Barrenechea (1897-1960) fue en su juventud un miembro destacado de la Generación del Centenario. Quienes la integraron se caracterizaron por mantener junto a su actividad intelectual una estrecha participación en los vaivenes de la política. Esta generación fue conocida, como ya se señaló, como la del *Conversatorio Universitario*, pues varios de ellos participaron durante las celebraciones del Centenario en torno a un conversatorio sobre los protagonistas y principales episodios de la gesta de la independencia. Zapata sostiene que fue esta generación la que descubrió a los próceres preparando así el clima intelectual del centenario (Zapata 2010, Gonzales 2010).

Si bien se trató de un grupo diverso, tuvieron en común una sólida preparación escolar, luego la experiencia de vivir el mundo universitario plenamente, no solo circunscrita a los claustros, sino fortalecida con tertulias semanales en que Porras, Sánchez, Basadre, Vegas, Leguía, Cartland, Abastos, entre otros, leían libros y a partir de ellos conversaban y luego hacían comentarios de los acontecimientos culturales y cotidianos peruanos. Algunos de ellos están entre los primeros que tuvieron que dar un examen para ser admitidos a la universidad, pues antes tenían acceso a ella una vez culminados los estudios secundarios (Deustua y Rénique, 1984, p. 39). Fue común entre ellos la pasión por los libros y los documentos. Hacia 1919 Porras, Luis Alberto Sánchez y Jorge Basadre entre otros, compartieron la tarea de ordenar y catalogar la colección «papeles varios» que don Ricardo Palma había recolectado durante el tiempo en que fue director de la Biblioteca Nacional. Todo ello, son pautas que nos indican que no fueron personas excepcionales, sino hombres de su tiempo, ejemplos de vida a emular (Casalino 1995).

Raúl Porras Barrenechea –al igual que la mayoría de los integrantes de su generación–, estudió en la universidad entre 1915 y 1920. Como hemos señalado, organizó junto a los de su

generación el **Conversatorio Universitario**. No podían estar al margen de las celebraciones del centenario de la proclamación de la Independencia y de la batalla de Ayacucho, a pesar de los problemas internos que vivía la universidad en ese período. La prensa de la época se encargó de difundir durante todos esos años –entre 1921 y 1924– el detalle de los preparativos que se estaban organizando para dichas conmemoraciones (Casalino 2017).

Así, el contexto internacional, regional y nacional contribuyó a que estos jóvenes en la década de los años 20 y 30 del siglo XX se forjen desde muy temprano para salir al ámbito público a buscar equilibrar o a transformar una realidad excluyente. De ahí que tal como señala Cotler –la persistente naturaleza excluyente del régimen de dominación contribuyó a forjar actores y escenarios radicalizados–, hubo necesidad de participar para cambiar esa realidad adversa (Cotler, 2005, p. 13).

Es en ese espíritu de la época –cambiante e incierto– que Porras Barrenechea opta por estudiar a José Joaquín Larriva para presentarlo en el «Conversatorio». Al hacerlo, establece, por un lado, un diálogo entre lo que los peruanos de las primeras décadas del siglo XX vivían, como, por ejemplo, en el ámbito urbano, el tercer ciclo modernizador; en el ámbito político, la «Patria Nueva» de Augusto B. Leguía; en el ámbito social, la emergencia de nuevos grupos sociales; en el ámbito cultural, el Centenario de la Independencia, entre otros aspectos y ... Por otro lado, con aquello que tocó vivir a los peruanos de principios del siglo XIX: crisis política española, decadencia del Virreinato del Perú, la presencia de Abascal, los temores de los criollos y los ímpetus de las elites provincianas ante los cambios revolucionarios de otras zonas americanas.

Para Raúl Porras Barrenechea, ambos períodos tenían varios puntos en común, por ejemplo. Una población –especialmente la limeña– que todavía se mantenía con una predisposición hacia la vida cortesana y fuertemente estamental. Una coyuntura crítica o de tránsito político, lo que significa transformaciones sociales, económicas y políticas. Una fuerte politización, que se apreciará tanto en el periodo de Abascal como en el periodo de Leguía y que se expresará a su vez en los diversos espacios públicos de discusión. Así, hubo conversatorios, cafés y periódicos donde se discutían los problemas, configurando de ese modo a los nuevos grupos sociales y políticos emergentes en ambos periodos históricos. Finalmente, una nueva Constitución que trataba de plasmar nuevas instituciones a partir de los nuevos acontecimientos políticos.

III. El joven Raúl Porras Barrenechea y el Centenario de la Independencia del Perú: su estudio sobre José Joaquín Larriva

Cuando nos referimos al «joven Raúl Porras Barrenechea», tomamos prestada la expresión del maestro Puccinelli quien comparte sus recuerdos cuando Porras fue su profesor en el colegio Antonio Raimondi (Puccinelli, 2008, p. 344). En nuestro caso queremos dar cuenta de sus primeros estudios compartidos en público. Estos corresponden a los realizados cuando Porras era un joven estudiante de los últimos años universitarios y los primeros correspondientes a su vida profesional. En ese entonces, Raúl Porras Barrenechea estuvo atraído por el periodo de la emancipación y república. Después –en su periodo de Porras adulto– se inclinará hacia las crónicas, cronistas, Pizarro y la conquista del Perú (Holguín, 2014, pp. 19-21). Es este joven Porras el que sostiene que:

en Tacna, en Huánuco, en Lima y en el Cusco, se produjeron los gritos de libertad que corresponden a la revolución argentina de mayo, a la caraqueña de julio, a la chilena de setiembre y a la insurrección del cura Hidalgo en México (Porras, 1974, p. 50).

Será, por lo tanto –tal como señala Rojas– quien ofrecerá una interpretación alternativa al discurso de la independencia concedida, señalando que el proceso de independencia debía analizarse en el marco global de las revoluciones hispanoamericanas. Fue así como la «Generación del Centenario» renovará la historia de la Emancipación y la Independencia al mostrar el aporte en ella de los precursores y los ideólogos (Rojas, 2016, p. 63).

Cuando nuestro personaje tenía 22 años participa en el Conversatorio Universitario leyendo su conferencia sobre José Joaquín de Larriua el 15 de agosto de 1919. Para Porras se trata de un representativo de los criollos de fines de la Colonia, polémico, atrapado en un contexto de profundos cambios políticos. ¿Por qué lo eligió? ¿Por qué no inició sus presentaciones públicas con un personaje más vinculado a las acciones a favor de la Independencia? Por ejemplo, ¿por un precursor?

Consideramos que Raúl Porras Barrenechea optó por recuperar para la historia al limeño «promedio» y explicar al mismo tiempo el contexto complejo y ambiguo que se vivió a partir de la crisis política española de 1808. Probablemente lo hace, porque su generación toma nota que hasta ese momento la historia de ese entonces tenía una «concepción aristocrática o individualista de la historia», frente a ello buscaron rescatar a los sectores populares, al pueblo, a los intelectuales, a los personajes complejos, así lo expresa con sus propias palabras:

La historia americana de la emancipación escrita en el siglo XIX no obstante la impronta de libertad de la época pagó tributo a la concepción aristocrática o individualista de la historia y al culto cesarista de los caudillos. En la embriaguez de los caudillos regionales y en la exaltación de las grandes figuras próceres, se exageró la acción personal y se olvidó al pueblo en la independencia que era, en su mayoría, en la campaña final, en ambos bandos, pueblo del Perú, en guerra civil de largos años (Porras, [1953] 1974, p. 2).

Es en ese contexto y en ese sentido, que Raúl Porras Barrenechea recupera a José Joaquín de Larriua como un «hombre promedio de su época». Lo hace desde una crítica a la historiografía anterior a la generación del Centenario y a partir de una postura más abierta e inclusiva. De Larriua es seleccionado por lo tanto porque perteneció a la generación del período de transición entre la Colonia y la República. Fue un orador cercano a las cortes virreinales de Abascal y de Pezuela. Es decir, pasó de súbdito cortesano de virreyes a «ciudadano ingobernable». Así es como Porras Barrenechea deliberadamente elige a José Joaquín Larriua y lo explica de la siguiente manera:

...es un representativo y merece esta mirada preliminar. Representativo del peruano de su época, acaso no muy desemejante del actual. Del peruano del segundo decenio del siglo diecinueve, extraño en su mayor parte a la revolución, aún a la misma que se fraguaba en Lima, ridículamente fiel a Fernando VII, cortesano de los virreyes, compondor habilísimo de todos los negocios públicos en las charlas del café y de las esquinas y espectador desde su casa al menor asomo de alboroto, conspirador de palabra, haragán con sueldo del Estado, doctor en la universidad y portador de la agudeza más picante y oportuna en los labios. Representativo del limeño de su época, de los que no se convencieron de la independencia hasta que se dieron con el ejército de San Martín en las calles, pero que al día siguiente gritaban con mayor sinceridad y buena fe del mundo: ¡Viva la patria! ¡mueran los godos!

Representativo del ciudadano ingobernable ... que al año de la patria clamaría contra el protector y luego por Bolívar, y después contra Bolívar. Encarnación de ese espíritu nacional, demasiado analista y destructor, incapaz de grandes obras, pero certero en críticas

menudas. Descontento, mordaz e irrespetuoso. Tipo del criollo hábil para la intriga e inútil para la acción, lleno de audacia moral y de irresistible cobardía física. Representativo, en fin, de súbdito capitalino, obediente pero descontento...(Porras, [1953] 1974, pp. 131-132).

Cuando Raúl Porras Barrenechea describe a este personaje «representativo» la impresión que está ante un tipo social muy característico de los limeños de fines de la colonia, de principios del siglo XX y por qué no del Perú actual. Al parecer, Porras parte de preguntas de su propia época y sobre esa base, mira el pasado, y ahí encuentra a Joaquín de Larriva.

¿Quién fue Joaquín de Larriva? Concepción Reverte sostiene que cumplió un papel importante en la prensa de transición entre la Colonia y la Independencia en el Perú. Además, destaca por su estilo satírico, así como por ser considerado precursor del costumbrismo. Sobre sus datos biográficos tenemos lo siguiente:

Larriva procedía de una familia respetada, pues era hijo del naviero limeño don Vicente de Larriva... Formado en el Convictorio de San Carlos en tiempos del sacerdote Toribio Rodríguez de Mendoza, representante de la Ilustración cristiana en el Perú, obtuvo el grado en Artes, Teología, Derecho Civil y Canónico, siendo ordenado sacerdote... Fue profesor de la Universidad de San Marcos, ... su inteligencia y preparación le valieron el encargo de rendir honores a diversos personajes del periodo, a lo que siempre accedió acomodándose a los vaivenes políticos (Reverte, 2009, p. 51).

Estamos ante un personaje que no era noble, era miembro de lo que se ha denominado piedad ilustrada, es decir que buscan reconciliar el pensamiento racional con las creencias católicas. Por su formación y quehacer se trata de un miembro de la elite intelectual, de un letrado. Altamirano sostiene que ellos jugaron un papel central en el tránsito de la colonia a la república:

... Si se piensa en el siglo XIX, no podrían describirse adecuadamente ni el proceso de la independencia, ni el drama de nuestras guerras civiles, ni la construcción de los estados nacionales, sin referencia al punto de vista de los hombres de saber, a los letrados, idóneos en la cultura escrita y en el arte de discutir y argumentar (Altamirano, 2008, p. 9).

Porras lo consideraba el mejor orador de su época. Asimismo, sostiene que fue un destacado satírico promotor de la prensa política adicta a la corte: *El Cometa*, *el Verdadero Peruano*, *El Argos Constitucional*, *El Investigador*, y luego –en el tránsito hacia la República– se mantuvo como escritor y satírico de la *Gaceta Oficial*, *El Nuevo Depositario*. Si miramos con los ojos de hoy en día podemos notar que el papel de José Joaquín Larriva –en un período que pudo ser una excelente oportunidad para la formación acelerada de la opinión pública y de la prensa– fue bastante política. Además, mostró una cualidad muy importante para ese entonces, tener un estilo y dominio del lenguaje tan sólido que podía ser flexible, satírico y a la vez doctrinario. Supo aprovechar el uso de la prensa política, no para formar la opinión pública moderna, sino para hacer de la cultura política peruana, aquello que Peralta denomina como «cultura política de la unanimidad» (Peralta 2010). Es decir, tal como Martínez y también Peralta sostienen, en ese periodo la función de la prensa era más didáctica y por ello lo que se difundía en ella no era reflejo de la opinión, sino formadora de dicha opinión (Martínez 1982, Peralta 2005). Porras Barrenechea es del mismo parece tal como podemos observar a continuación:

La libertad de imprenta había determinado la aparición de una gran cantidad de papeles periódicos, cuya influencia tenía que contrarrestar el virrey protegiendo una prensa adicta. Larriva, fue un excelente colaborador para ese fin. De 1811 a 1814, fecha del restablecimiento del absolutismo de Fernando, editó Larriva varios periódicos de distinta índole.

Fue el primero El Cometa, que tenía por objeto ridiculizar las teorías de El Peruano, periódico de avanzadas ideas liberales que redactaba don Gaspar Rico y Angulo. La causticidad y el ingenio de El Cometa debieron ser grandes, porque de su aparición data la fama satírica de Larriva. Publicación risueña, fruto del buen humor del clérigo carolino. El Cometa, apareció eventualmente a raíz de cualquier suceso ruidoso, desde 1811 a 1814. [adicional a El Cometa] Vicuña Mackenna asegura que Larriva fue redactor de El Verdadero Peruano, periódico que debió proteger Abascal, para combatir también las ideas de El Peruano.

De más seriedad que El Cometa fue el periódico, que asociado con don Félix Devoti, publicó Larriva con el nombre de El Argos Constitucional. El Argos fue pesado y doctrinario, como ligero y personalista había sido El Cometa. Su objeto, decía el prospecto, era el de explicar al pueblo la constitución española. Solo siete números aparecieron de este semanario que en su corta vida tuvo que sostener una polémica menuda con el Anti Argos, en el que enemigos de Larriva habían escrito, con no poca razón, que el papel de este era «un periódico formado de pedacitos de libros viejos. (Porras, [1953] 1974, pp. 137-138).

Tal como sostiene Chassin, en el tránsito de la colonia a la república hubo una guerra por el monopolio de la información, que estuvo liderada por el Virrey Abascal. Se encargó de mantener el control de los circuitos de la noticia y así tener bajo su férrea mano el manejo de la palabra (Chassin, 2013, p. 397). En ese sentido, Abascal no escatimó ningún medio, desde pasquines, libelos, tal como era la comunicación tradicional, a lo que añadió la prensa política escrita símbolo de la modernidad política. En ese mismo sentido, Martínez sostiene que una vez que en la Metrópolis que promulga la libertad de imprenta, Abascal formalmente suscribe dicho decreto, pero su actuación fue claramente intervencionista y por ello se ampara en la ambigüedad de la legislación para hacer sus propias interpretaciones (Martínez, 1982, pp. 111-112). Asimismo, Porras destaca a un personaje que fue protagonista de todo ese proceso de lucha por la información y de construcción de esa cultura política de la unanimidad.

Raúl Porras Barrenechea ubica el contexto en el cual vivió José Joaquín Larriva, a partir de lo que el periódico *El Investigador* narra en sus páginas:

No era Lima la ciudad encantada, mística y olorosa que nos pinta la colorista historia de Vicuña Mackenna. La ciudad que brota de esas páginas [de El Investigador] era pobre, sucia, destartada y oscura. El incienso no era suficiente para dominar el hedor de las calles, convertidas en muladares, por la falta de vigilancia y la indiferencia de todos. Las acequias mal olientes se desbordaban a menudo. Una bestia de carga, un famélico can expiraba en la vía pública y no había por muchos días quien retirara de ella los fétidos despojos. Alguno construía una casa y los materiales y los desperdicios invadían la calle. En la noche la ciudad quedaba en tinieblas. Los vecinos no obedecían las ordenanzas que imponían la obligación de mantener una luz en los muros de sus casas. Los transeúntes nocturnos eran atacados por los bandoleros... Por todas partes el mismo descuido público, la misma falta de espíritu de empresa, la misma ignorancia del bien general, la misma incuria administrativa (Porras, [1953] 1974, p. 139).

Porras destaca, por lo tanto, que Lima durante la independencia era una ciudad pobre, sucia, destartada y oscura. No por gusto algunos consideran que la pobreza fue lo que generó la Independencia, pero también lo que provocó que San Martín no pudiera lograr consolidar dicha independencia (Anna, 2003, p. 23). Junto a ello había un clima de descuido público, abandono en el orden moral, ignorancia sobre el bien común, crisis en la enseñanza. En síntesis, se trataba de una sociedad decaída, perezosa e indiferente.

Es justamente en *El Investigador* donde José Joaquín Larriva colaboró y participó en la discusión política entre los años 1813 y 1814, su perspectiva en ese entonces seguía manteniéndose en el lado de los realistas. Así, Raúl Porras Barrenechea sostiene que en el contexto que tocó vivir al Virreinato del Perú a principios del siglo XIX, destacaron dos grandes personajes. Un dúo que puede ser visto –desde la perspectiva realista o fidelista– como el héroe y el antihéroe: el Virrey Abascal y el clérigo José Joaquín de Larriva respectivamente. Político y sagaz el primero, ingenioso y burlón el segundo. Aquel no pudo tener tanto éxito político sin este. Así lo señala:

La sociedad de esa época tuvo los dos hombres que necesitaba. Abascal, el virrey enérgico y sagaz, cuyos bandos organizaron la policía y la higiene, y cuya actividad remozó la ciudad envejecida e introdujo fuerzas nuevas, fue el primero. Larriva, el travieso espíritu limeño, con sus saetazos de El Cometa y de El Investigador fue acaso colaborador más eficaz que cualquier grave consejero en la labor de adelanto, de iniciativa comunal y en el espíritu de empresa que demostró por primera vez en la colonia, el gobierno de Abascal y que fue el preparador de la autonomía (Porras, [1953] 1974, p. 141).

José Joaquín Larriva, entonces gran cortesano letrado, sigue siendo partidario de Abascal y después de Pezuela, quien lo nombra editor de la *Gaceta Oficial*. Es pertinente reiterar el papel de Abascal en la contra independencia de América del Sur. Su papel fue clave y por eso Lima, tal como señaló Klaiber, se convirtió en el centro del poder realista abarcando una jurisdicción aún más amplia que el propio virreinato del Perú (Klaiber 2013, p. 75). Siendo inminente la independencia, se produce en Larriva –como en muchos otros, letrados, militares y población en general– el tránsito a favor de los patriotas a partir de la presencia de San Martín, siendo más evidente esta nueva posición en 1824 cuando se hace cargo de una oración a los héroes de Junín, al lado de su amigo José Faustino Sánchez Carrión, y luego dos años más tarde será el responsable de los elogios a Bolívar realizados en la universidad. Raúl Porras busca una explicación sobre los cambios producidos en José Joaquín Larriva respecto a sus diversas opciones políticas:

La contradicción es evidente y ha sido bastante mal juzgada. El arengador de virreyes resulta ahora fervoroso patriota. Desde los mismos estrados de la universidad en que había pronunciado la admirable apología de Abascal, pronuncia el hiperbólico elogio de Bolívar y la voz que había pedido castigo para los victimadores de la Punta de San Luis, ruega ahora por los valientes de la patria que cayeron en los campos de Junín. Hasta las palabras de los elogios coinciden. A Pezuela y a Bolívar les dijo en afectadas frases que, si ellos mismos no escribían, como César, la relación de sus hechos de guerra no habría quién acertara a describir tales hazañas.

Larriva ha explicado él mismo, y muy ladinamente, su actitud, en la dedicatoria a Bolívar de la oración por los héroes de Junín. Dice allí que los que clamaban por libertad en los primeros días de la independencia «no trataban de quitarnos el yugo de España, sino para imponernos otro más pesado y entronizar en nuestro suelo el despotismo y tiranía». Que Bolívar había venido a disipar esos errores y a establecer «la patria verdadera y la verdadera libertad».

No fue esa, sin embargo, la verdadera razón de su retraso. Larriva fue un sincero adicto a los virreyes y de la autoridad de España. La autonomía le debió parecer sinceramente descabellada y precursora de la anarquía y de la disolución. Sinceramente hablaba en sus oraciones, con esa ira sagrada con que otros predicadores hablan del infierno, «de ese ídolo encantador que llaman libertad» y llamaba a los patriotas «los caníbales de América». No

podía tampoco ser otra la opinión de un clérigo, por añadidura doctor en San Marcos y favorito de los virreyes (Porrás, [1953] 1974, p. 147).

Hemos señalado que el cambio de bando del realista al patriota no fue solo de los letrados como Joaquín de Larriva o Hipólito Unanue, quienes desde una postura conservadora, trataron de mantener sus ideas y acción a pesar de los cambios, tal vez con el afán de que estos cambios sean canalizados sin violencia. Pero, tal como Rojas sostiene, también desde el lado liberal hubo cambios de postura, aquellos que apoyaron la independencia liderada por San Martín, luego fueron críticos a los líderes de los ejércitos libertadores, pues ellos también consideraban que debían ser protagonistas de los cambios y no solo los extranjeros (Rojas, 2017, pp. 31-32).

Entonces, si nos preguntamos por la perspectiva analítica del modo en que Porrás describe la escritura de Larriva, podemos señalar que Porrás ubica a Larriva en su propio contexto histórico y en su contexto social, es decir un periodo de tránsito de la prensa ilustrada a la prensa liberal y, además, el tránsito de un criollo cortesano súbdito del rey de España a un peruano que sigue culturalmente adscrito al poder. Por eso Larriva es un personaje complejo, pero no único, fue una situación que compartió con los letrados vivieron esa misma experiencia, que no eran revolucionarios y que por eso pasan de una realidad política a otra tratando de mantenerse en el poder.

En ese entonces, la Iglesia y San Marcos eran la cuna de la sociedad conservadora y sus miembros solían conformar la corte del virrey. Pero, ante todo, estos personajes cortesanos reflejan que más que ideologías, ellos abrazaban el poder, mantenerlo e incluso adularlo. Por eso, fueron parte de la corte de los virreyes, luego se pasan a rodear a los libertadores y después seguirán a los caudillos herederos del poder político. Así, conforme la sociedad va rechazando la presencia de Bolívar, Larriva se va convirtiendo uno de los voceros de ese malestar... Por todo ello, Porrás considera que Larriva siguió los naturales vaivenes de la opinión.

La evolución política de Larriva es perfectamente justificable. Fue de los espíritus que, a pesar de su liberalismo, no comprendieron la independencia, pero que tuvieron que capitular ante la realidad, como los generales de España capitularían años más tarde en Ayacucho. Los fracasos y traiciones de los primeros años no eran tampoco muy favorables al sistema republicano. Bolívar vino y su incansable energía superó todos los obstáculos y venció todas las pasividades. Pocas eran entonces todas las frases de un elogio, por hiperbólicas que fuesen, para la gloria del que acababa de vencer en Junín y en Ayacucho. Pero después siguió la insoportable tiranía colombiana y la imposición de una carta constitucional rechazada por todos. La gloria del héroe sufría el inevitable oscurecimiento. Entonces Bolívar fue detestado y se reputó un crimen ser vitalicio.

Larriva siguió los naturales vaivenes de la opinión. Por otra parte, su filosofía alegre y decepcionada, había penetrado el verdadero y desidealizado sentido de las cosas, participando de la opinión de aquel que en la tienda de Ayacucho escribió debajo de la pomposa frase: «último día de despotismo», el aditamento famoso «y primero de lo mismo». Acaso su mejor declaración principista es esta décima:

¡Cuando de España las trabas

En Ayacucho rompimos,

Otra cosa más no hicimos,

¡Que cambiar mocos por babas!

Nuestras provincias esclavas

Quedaron de otra nación

Mudamos de condición,

Pero solo fue pasando

Del poder de don Fernando

Al poder de don Simón (Porras, [1953] 1974, p. 148).

En ese sentido, y tal como venimos sosteniendo, el reciente trabajo de Rolando Rojas nos permite entender esta postura de los primeros liberales criollos. Hubo en ese periodo de la república inicial los que se enfrentaron a las ideas monárquicas de San Martín. José Joaquín Larriva, forma parte por ello del grupo de José de la Riva Agüero, Francisco Javier Mariátegui, Francisco de Luna Pizarro, José Faustino Sánchez Carrión, quienes escribieron y argumentaron en revistas y en el foro contra el Protectorado de San Martín. Así, para ellos San Martín venía a ser un nuevo tirano, o que el protectorado representaba una nueva forma de sometimiento. Lo mismo para la presidencia vitalicia concebida por Bolívar (Rojas, 2017).

Porras nos explica que, durante los primeros años de la República, Joaquín Larriva es recordado por las anécdotas que se tejen en torno a sus discusiones en los cafés limeños... los «mentideros» especialmente el de Bodegones. Asimismo, destacaron las polémicas que protagonizó con don Felipe Pardo, quien en 1828 había regresado de España. Disputas realizadas a través de *El Mercurio Peruano* y *La Miscelánea*. Considera que José Joaquín Larriva es un precursor del peruanismo literario. Hombre de espíritu inquieto y desadaptado. Señala que Larriva «fue educado para la colonia y le tocó vivir en república independiente y anárquica». Así señala:

Su personalidad es el eslabón entre la vieja risa de Caviedes y Terralla y la burlona zumba de los primeros periodistas satíricos. Su obra marca la transición... De la Colonia le quedaba ... el afán didáctico, la prosa farragosa, el fabulismo enfadante... en literatura, es el primer republicano de la sátira (Porras, [1953] 1974, pp. 164-165).

Añade algo más: «Si en política tuvo contradicciones en la amistad probó lealtad y consecuencia: su afecto invariable para Sánchez Carrión es un bello testimonio». (Porras [1953] 1974, p. 155) Esta virtud puede apreciarse a continuación a partir de la necrología que redacta Joaquín de Larriva a la muerte del tribuno Sánchez Carrión uno de cuyos fragmentos es el siguiente:

El 20 de setiembre de 823 se comenzó a contar la época más grande de la vida de Carrión; la de su consagración absoluta a liberar el país. Su mérito le llevó de la mano a ocupar un asiento entre los representantes de los pueblos; y su sagrada vocación fue señalada por la instalación del congreso. Carrión había nacido para declamar, en público, contra los vicios de la administración; para enseñar al pueblo sus verdaderos intereses; y animarle a reclamar sus imprescriptibles derechos, para explicar el modo de contener el despotismo; y para poner en claro el gran pacto social; deslindando las obligaciones recíprocas entre el soberano que manda y el ciudadano que obedece. Si jamás llegara el caso de instalarse un congreso entre nosotros, quedara oculta, para siempre, una de las dotes primeras que recibió Carrión de la madre naturaleza tan pródiga con él, la de hablar en la tribuna.

Carrión fue el primer secretario del soberano congreso constituyente del Perú, y el individuo nato de todas las comisiones de entidad. Estuvo en la diplomática, en la de legislación, y en la de formar, por fin la constitución política que debía hacer germinar las semillas productivas de la prosperidad general; cultivarlas, después hasta lograr fructificasen y conservar su fruto para siempre...La constitución política de la república peruana es un monumento perenne de la gloria de Carrión; y cada uno de los artículos que encierra, es un rasgo brillante de su elogio. La corrección de su lenguaje, la belleza de sus ideas, la extensión de sus conocimientos, su genio sublime, su profundo juicio su magisterio en penetrar el corazón del hombre para estudiar en él la ciencia de las pasiones, y su incorruptibilidad apoyada sobre los principios eternos de la equidad y la justicia; todo esto y mucho más leerán los siglos venideros en las páginas de oro del código de la libertad (Sánchez Carrión, J. (1825). Negrología del señor doctor don José Sánchez).

De lo visto hasta aquí, podemos señalar que, a los veintidós años, cuando Raúl Porras Barrenechea presenta públicamente su estudio sobre José Joaquín Larriva, ya se muestra como el historiador destacado que será a lo largo de las siguientes décadas.

El hecho mismo de elegir a José Joaquín Larriva es significativo, ya que es una nueva manera de ver y analizar la historia muy diferente en el objeto de estudio que había sido hasta ese entonces: un quehacer aristocrático. Asimismo, la técnica utilizada en su análisis es valiosa, ya que ubica al personaje en su contexto y lo muestra con sus complejidades, contradicciones, limitaciones, vicios y virtudes.

Raúl Porras desde un inicio piensa en la nación, en lo que nos caracteriza, en nuestras debilidades y en aquellos retos que debemos asumir. José Joaquín Larriva por eso es un hombre representativo. Es el tipo de peruano que es necesario conocer, del cual partimos y al que hay que transformar en ciudadano.

Finalmente, valora algo que los historiadores actuales aún mantenemos, cual es la importancia que tiene para nosotros el estudio del período de crisis política española de 1808 y sus efectos en nuestras tierras.

Conclusiones

En su juventud, la generación de la cual forma parte Raúl Porras Barrenechea estuvo fuertemente influenciada por su contexto. Es decir, el período final de la República Aristocrática y el inicio de lo que será el oncenio de Leguía; destacando en particular las celebraciones del Centenario de la Independencia. De ahí que sus integrantes pensarán al Perú y se preocuparán especialmente por la nación. Es una experiencia que contribuirá a configurar al nuevo intelectual, al crítico e independiente del poder político.

Cuando en 1919 Raúl Porras Barrenechea expone su estudio sobre José Joaquín Larriva ya está mostrando la trascendencia que tendrá como historiador, al elegir un personaje polémico, complejo y difícil de comprender. Su selección e interés por un personaje representativo de la sociedad que transitó entre la colonia y la república nos acerca más a la comprensión de esa etapa difícil de nuestra historia. De ahí la vigencia de su estudio sobre José Joaquín Larriva. Al parecer, y tal como hasta ahora hacemos en Historia, Porras partió de su propio presente para buscar respuestas en el pasado. Porras, de la generación del Centenario, buscó en la Independencia y su contexto, explicaciones a su propia realidad.

Fuentes

- De Larriva y Ruiz, José Joaquín (1816). Panegírico de la Concepción de María, pronunciado en esta Santa Iglesia Catedral, a nombre del excelentísimo señor Marqués de la Concordia, virey del Perú el segundo día de la octava en 1816, por el D. D. José Joaquín de Larriva, Catedrático de Prima de Psicología en la Real Universidad de S. Marcos. Lima: 1816. Disponible en: <http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000116524&page=1>
- De Larriva y Ruiz, José Joaquín (1816). Sermón que en la solemne misa de acción de gracias celebrada en la Real universidad de San Marcos de Lima, en el recibimiento del excelentísimo señor D. Joaquín de la Pezuela y Sánchez virey del Perú, etc. etc. dixo el día 21 de noviembre de 1816 D. José Joaquín de Larriva y Ruiz, Maestro en Artes, doctor en Sagrada Teología y catedrático de Prima de Psicología en dicha universidad. Lima: 1816. Disponible en: <http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000080167&page=1>
- De Larriva y Ruiz, José Joaquín (1819). Oración fúnebre que en las solemnes exequias celebradas de orden del Excmo. Señor don Joaquín de la Pezuela Virey del Peru, en esta Santa Iglesia Catedral, el día 30 de abril de 1819, por los ilustres gefes y oficiales del exercito real asesinados por los enemigos en la Punta de San Luis pronunció el D. D. José Joaquín de Larriva y Ruiz, maestro en Artes, Doctor en sagrada Teología y en ambos Derechos, catedrático de Prima de Psicología, y conciliario mayor en esta real Universidad de San Marcos, Individuo honorario del Ilustre Colegio de Abogados, Capellán del Regimiento de Infantería de Línea de la Concordia, y del esquadron de Caballería del Rey, y Juez comisionado para la dirección y revisión de la Gaceta del Gobierno. Lima: 1819. Disponible en: <https://archive.org/details/oracionfunebrequ00larr>
- Sánchez Carrión, J. (1825). *Negrología del señor doctor don José Sánchez Carrión*. Disponible en: https://books.google.com.pe/books?id=UGPICwvRS4QC&printsec=frontcover&hl=es&source=gbs_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false
- Payán, J. (1892). *Cuestiones Monetarias*. Lima: Imprenta de Torres Aguirre.

Bibliografía

- Acemoglu, D. y Robinson, J. (2012). *Por qué fracasan los países. Los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza*. Colombia: Editorial Planeta colombiana.
- Altamirano, C. (director) (2008). *Historia de los intelectuales en América Latina*. Uruguay: Katz Editores. Vol. 1.
- Alzamora, C. (2000). *La agonía del visionario. La lección final de Raúl Porras*. Lima: Ediciones El Virrey.
- Anna, T. (2003). *La caída del gobierno español en el Perú. El dilema de la Independencia*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Bergel, M. (2010). «La desmesura revolucionaria. Prácticas intelectuales y cultura vitalista en los orígenes del APRA peruano (1921-1930)». En Altamirano, C. (director). *Historia de los intelectuales en América Latina*. Uruguay: Katz Editores.
- Bergel, M. y Martínez, R. (2010). «América Latina como práctica. Modos de sociabilidad intelectual de los reformistas universitarios (1918-1930)». En Altamirano, C. (director). *Historia de los intelectuales en América Latina*. Uruguay: Katz Editores.
- Borras, G. (2012). *Lima, el vals y la canción criolla (1900-1936)*. Lima: IFEA-PUCP.
- Burga, M. y Flores, A. (1984). *Apogeo y crisis de la república aristocrática*. Lima: Ediciones Rikchay Perú.
- Carli, S. (2012). *El estudiante universitario hacia una historia del presente de la educación pública*. Argentina: Siglo XXI editores.
- Casalino Sen, C. (2017). *Centenario. Las celebraciones de la Independencia 1921-1924*. Lima: Municipalidad de Lima. Munilibro10.
- Casalino Sen, C. (2008). «Raúl Porras Barrenechea (1897-1960)». En Cateriano, P. (Comp.). *Veinte peruanos del siglo XX*. Lima: UPC
- Casalino Sen, C. (1999) (Comp.). *Raúl Porras Barrenechea parlamentario*. Con presentación de Pablo Macera. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú
- Casalino Sen, C. (1991) (Comp.). *Diseñando el Perú. Raúl Porras Barrenechea, Luis Alberto Sánchez. Pensamiento político 1956-1968*. Lima: Centro de Investigación del Senado CILSE

- Contreras, C. y Cueto, M. (2007). *Historia del Perú contemporáneo*. Lima: IEP-PUCP-UP.
- Cosamalón, J. (2008). «Identidad nacional y americanismo en el pensamiento de Manuel González Prada». En Aguirre, C. y Mc Evoy, C. (Eds.). *Intelectuales y poder. Ensayos en torno a la república de las letras en el Perú e Hispanoamérica (ss. XVI-XX)*. Lima: IFEA-IRA PUCP.
- Chassin, J. (2013). «Guerra de información y guerra de propaganda entre Lima y Buenos Aires (1808-1812)». En O'Phelan, S. y Lomné, G. *Abascal y la contra independencia de América del Sur*. Lima: IFEA-PUCP.
- Deustua, J. y Rénique, J. (1984). *Intelectuales, indigenismo y descentralismo en el Perú. 1897-1931*. Cusco: Centro de estudios rurales andinos «Bartolomé de las Casas».
- Drinot, P. (2016). *La seducción de la clase obrera. Trabajadores, raza y la formación del Estado peruano*. Lima: IEP.
- Fonseca, J. (2008). «Diálogo intercultural y pensamiento religioso: John A. Mackay y la Generación del Centenario». En Aguirre, C. y Mc Evoy, C. (Eds.). *Intelectuales y poder. Ensayos en torno a la república de las letras en el Perú e Hispanoamérica (ss. XVI-XX)*. Lima: IFEA-IRA PUCP.
- Flórez, G. (2015). «Presencia destacada de la Universidad de San Marcos en la oratoria de un período trascendental de nuestra historia (1807-1826)». En *Alma máter* 2, (3), (pp. 25-33). Lima: UNMSM. Disponible en <http://revistasinvestigacion.unmsm.edu.pe/index.php/alma/article/view/11904/10625>
- García-Bedoya, C. (2016). *El capital simbólico de San Marcos. Estudios literarios: figuras representativas*. Lima: Pakarina ediciones- UNMSM
- Garfias, M. (2010). *La formación de la universidad moderna en el Perú. San Marcos 1850-1919*. Lima: Asamblea Nacional de Rectores
- Glave, L. (2004). *La república instalada. Formación nacional y prensa en el Cusco 1825-1839*. Lima: IFEA-IEP.
- Gonzales, O. (2010). «Indigenismo, nación y política en el Perú». En Altamirano, C. (director). *Historia de los intelectuales en América Latina*. Uruguay: Katz Editores.
- Gonzales, O. (2005). *Los orígenes del populismo en el Perú: el gobierno de Guillermo E. Billinghurst 1912-1914*. Lima: Mundo Nuevo.
- Hobsbawm, E. (2005). *Historia del siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- Holguín Callo, O. (1986). «Bibliografía de Raúl Porras Barrenechea» En Raúl Porras Barrenechea *Los Cronistas del Perú*. Lima: Banco de Crédito.
- Klaiber, J. S.J. (+) (2013). «El clero ilustrado en tiempo de Abascal». En O'Phelan, S. y Lomné, G. *Abascal y la contra independencia de América del Sur*. Lima: IFEA-PUCP.
- Mc Evoy, C. (2008). ««Una sola y gran ciudad»: la tradición letrada en la obra de Francisco García Calderón». En Aguirre, C. y Mc Evoy, C. (Eds.). *Intelectuales y poder. Ensayos en torno a la república de las letras en el Perú e Hispanoamérica (ss. XVI-XX)*. Lima: IFEA-IRA PUCP.
- Martínez, A. (1982). «Los orígenes del periodismo doctrinario en Perú. El caso conflictivo de “El Peruano”». En *Quinto Centenario* (3), :109-134.
- Melgar, R. (2010). «Huellas, redes y prácticas del exilio intelectual aprista en Chile». En Altamirano, C. (director). *Historia de los intelectuales en América Latina*. Uruguay: Katz Editores.
- Morrow, J. (2014). *La gran guerra*. España: Edhasa.
- Nolte, E. (2017). *La guerra civil europea, 1917-1945. Nacionalismo y bolchevismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Pease, H. y Romero, G. (2015). *La política en el Perú del siglo XX*. Lima: PUCP.
- Peralta, V. (2010). *La independencia y la cultura política peruana (1808-1821)*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos y Fundación J. J. Bustamante de la Fuente.
- Peralta, V. (2005). «Prensa y redes de comunicación en el Virreinato del Perú, 1790-1821». En *Tiempos de América*, (12), : 113-131. Disponible en <http://www.raco.cat/index.php/TiemposAmerica/article/viewFile/105660/163937>
- Porras Barrenechea, R. (2016). *El nombre del Perú*. Lima: Lápix editores.

- Porras Barrenechea, R. (2016). *Pizarro el fundador*. Lima: Universidad Ricardo Palma-Instituto Raúl Porras Barrenechea.
- Porras Barrenechea, R. (2015). *Discurso de don Raúl Porras Barrenechea en la VII Reunión de Cancilleres – San José de Costa Rica 1960*. Lima: Instituto Raúl Porras.
- Porras Barrenechea, R. (2011). *Historia de los límites del Perú*. Lima: Fundación M. J. Bustamante de la Fuente.
- Porras Barrenechea, R. (1974). *Ideólogos de la Emancipación*. Lima: Editorial Milla Batres
- Portocarrero, F. (2014). *Grandes fortunas en el Perú: 1916-1960. Riqueza y filantropía en la élite económica*. Lima: Universidad del Pacífico.
- Puccinelli, J. director. (2008). *Libro de homenaje a Raúl Porras Barrenechea*. Lima: Instituto Raúl Porras Barrenechea.
- Pulgar-Vidal, J. (2014). *El clásico. El inicio de una rivalidad*. Lima: Grupo editorial mesa redonda.
- Ramos, C. (2015). *Ley y justicia en el oncenio de Leguía*. Lima: PUCP.
- Reverte, C. (2009). «El Nuevo Depositario y Nueva Depositaria de José Joaquín de Larriva contra Gaspar Rico, más literatura que periodismo». En *América sin nombre*, (13-14), : 51-63. Disponible en https://rua.ua.es/dspace/bitstream/10045/13357/1/ASN_13_14_08.pdf
- Rojas, R. (2017). *La república imaginada. Representaciones culturales y discursos políticos en la época de la independencia*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Rosas, C. (2006). *Del trono a la guillotina. El impacto de la Revolución francesa en el Perú (1789-1808)*. Lima: IFEA-PUCP.
- Ruiz, A. (2008). «Los indígenas como orientales. Intelectuales, política y cultura en el Perú del siglo XX». En Aguirre, C. y Mc Evoy, C. (eds.). *Intelectuales y poder. Ensayos en torno a la república de las letras en el Perú e Hispanoamérica (ss. XVI-XX)*. Lima: IFEA-IRA PUCP.
- Salinas, A. (2014). *La época del «pan grande» Billinghurst presidente 1912-1914*. Lima: UNMSM-SHRA.
- Salvatore, R. (2008). «Tres intelectuales peruanos: conexiones imperiales en la construcción de una cultura nacional». En Aguirre, C. y Mc Evoy, C. (eds.). *Intelectuales y poder. Ensayos en torno a la república de las letras en el Perú e Hispanoamérica (ss. XVI-XX)*. Lima: IFEA-IRA PUCP.
- Terán, O. (2010). «Amauta: vanguardia y revolución». En Altamirano, C. (director). *Historia de los intelectuales en América Latina*. Uruguay: Katz Editores.
- Zapata, A. (2010). «Generaciones e independencia». En *Revista Argumentos*, Edición (4), setiembre 2010. Recuperado en 1 de setiembre de 2017 de <http://revistaargumentos.iep.org.pe/articulos/generaciones-e-independencia/>

Presentado: 9 enero 2018
Aceptado: 14 febrero 2018
Publicado online: 27 febrero 2018

